

de ti, espero que tampoco querrá que, si has de morir, mueras por veneno, sino con la espada en la mano.» Esta fué su respuesta (1).

El Emperador pasó parte de la noche ocupado en redactar tres alocuciones, que mandó imprimir para que estuvieran dispuestas en el momento del desembarco. Dos de ellas, dirigidas en su propio nombre al pueblo y al ejército; y la tercera, en nombre de la Guardia, á sus compañeros de armas, generales, oficiales y soldados (2).

Al día siguiente, 26, que era domingo, habló ya más explícitamente en la acostumbrada audiencia de la mañana. Todas las autoridades civiles y militares, incluso los sustitutos, recibieron de Bertrand la invitación de presentarse en los Molinos. Suspendiéronse las reglas de etiqueta, y pudo entrar allí quien quiso. Apareció el Emperador. Estaba transformado. Parecía como si por vez primera se le viese. Su continente era grave, pero tranquilo, y su insinuante voz llegaba al alma. Su semblante mostraba ligeras huellas de vigilia. Según su costumbre en semejantes ceremonias, empezó hablando de asuntos frívolos; y sin transición declaró después que partía aquella misma noche. Los circunstantes se quedaron como si por allí cerca hubiese caído un rayo. El Emperador se retiró á su aposento; disolvióse la asamblea, y por todas partes se derramó la voz de la partida: «¡El

(1) *Relato de Leticia á Mlle. Rosa Mellini, dama de honor*, citado por Larrey, t. II, p. 531.

(2) La proclama al pueblo decía así: «Franceses: La defección del duque de Castiglione entregó indefensa la ciudad de Lyon á nuestros enemigos. El ejército cuyo mando le confiara, era, por el número de sus batallones y por el valor y patriotismo de las tropas, suficiente para derrotar al cuerpo de ejército austriaco que se le oponía. La traición del duque de Ragusa entregó la capital... ¡Franceses! Desde mi destierro he oído vuestras quejas y escuchado vuestros anhelos. He cruzado el mar haciendo frente á peligros de toda clase. Llego á vosotros para recobrar mis derechos, que son los vuestros...» La proclama al ejército decía: «¡Soldados: no fuimos vencidos! Dos hombres de nuestras mismas filas traicionaron nuestros laureles, á su país, á su soberano y á su bienhechor... ¡Empuñad otra vez las águilas que flameasteis en Ulma, Austerlitz, Jena, Eylau, Friedland, Eckmühl, Essling, Wagram, Lützen, Esmolensko, Moscova, Montmirail... La victoria marchará á paso de carga...» La alocución de la Guardia á sus compañeros decía: «¡Soldados! ¡Compañeros! Os hemos conservado á vuestro Emperador. Os lo traemos entre mil peligros. Pisotead la escarapela blanca, signo de vergüenza...» Estas vibrantes y encendidas alocuciones, en que el Emperador retrotrae los acontecimientos á la hora de su salida de Francia, anticipándose á los hechos con el pensamiento al decir que había atravesado el mar, llevan, en la *Correspondencia imperial*, fecha de 1.º de Marzo de 1815, en el golfo Juan, y el Emperador negó que se imprimieran en Porto-Ferraio (*La isla de Elba y los Cien Días*, p. 40), pero existen en los Archivos Extranjeros con este pie de imprenta: «Porto-Ferraio, en casa de Broglia, impresor del Gobierno.» (HOTSSAYE, 1815, p. 192 y 206.) Los pedazos de papel esparcidos por el suelo que se encontraron en el cuarto del Emperador después de su marcha, eran probablemente los borradores de estas proclamas.

Emperador se va!» ¿Adónde? ¿A reconquistar la Europa con un ejército de 673 hombres? Dejó en completo misterio el objeto de su partida (1).

A las nueve oyó misa, como todos los domingos. A las once arribó al pie del fuerte de la Estrella la barca que saliera á vigilar la corbeta, y al punto desembarcó un correo con los últimos informes acerca de los movimientos de dicho

buque y de los cruceros franceses. Por prudencia, ordenó el Emperador «que los granaderos ocupados en los jardines de los señores oficiales, prosiguieran su labor hasta las tres de la tarde.» A las cuatro se repartió el rancho á las tropas. A las cinco, se toca llamada y asamblea. Empieza el embarco de las fuerzas (2).

El contra-bloqueo decretado la víspera es más riguroso. Ningún buque puede entrar ni salir, so pena de que los fuertes disparen contra él bala rasa y lo echen á pique. Desde dos días antes, la policía suspendió la entrega de pasaportes, vigilando á los sospechosos, y ni un solo espía de cuantos menudeaban en la isla pudo pasar al continente, no obstante ir de un lado para otro con súplicas y ofrecimien-



El canal de Porto-Ferraio, por donde salió la flotilla imperial.

(1) PONS DE L'H., p. 382; LABADIE, p. 56.— Parece que en el número de 673 hombres fijado por Pons, se comprenden los soldados de la Guardia, oficiales y el Estado mayor. Hay que añadir 108 polacos, 400 voluntarios corsos y elbenses, y los 50 gendarmes, ó sea unos 1.231 hombres en suma. Muchos corsos se desdijeron á última hora. En los fuertes quedaron artilleros, entre ellos algunos polacos, para mantener el orden en la isla y proteger la marcha. (CAMPBELL, p. 353, edición inglesa; MARCHAND, p. 167, 168 y 170; *Monitor* del 23 de Marzo de 1815.) La relación del *Monitor* reduce el número de la Guardia á 400 hombres por ser la cifra oficial del Tratado de Fontainebleau, lo que, al disminuir el número, aumentaba el mérito de la empresa.

(2) LABORDE, p. 48; MARCHAND, p. 166; LARABIT, p. 71; *Memorial de Santa Elena*, 24 de Febrero de 1816.

tos para que se les extendieran los pasaportes, pues juraban y perjuraraban que, por asuntos urgentísimos de comercio, habían de ir sin remedio á Piombino ó á Liorna. Pero los centinelas no se enternecían en modo alguno. El «Mercader de aceites» sobornó por 60 francos al patrón de una barca para que le condujese al continente, pero apenas estuvo en la rada, le dió el alto un oficial desde el puente del *Inconstant*, preguntándole á dónde iba. El espía protesta de la inocencia de su propósito, diciendo que la hermosura del día le incitó á dar un paseo por el mar. El oficial le intima á regresar á la orilla si no quiere recibir una bala. Algunos excursionistas ingleses, sobreexcitados por la curiosidad, tratan de acercarse al brique, pero se les amenaza con hacerles fuego si no regresan á tierra. Para colmo de infortunio, el mercader encuentra á Cambronne, con quien varias veces había hablado, manifestándole fingidos sentimientos de admiración por el Emperador. Entonces Cambronne se empeña en alistarle entre los voluntarios elbenses y le dice: «Vuestro sitio está en el barco n.º 5.» Si no llega á interponerse un amigo de entrambos, con fianza de que el mercader se incorporaría á la expedición dentro de pocos días, de fijo lo embarcan á la fuerza, con fusil al hombro y mochila á la espalda.

Excepto Bertrand y Drouot, con quienes ya no era posible el misterio sin ofensa, nadie absolutamente sabía adónde iban ni nadie se inquietaba por ello. El robespierrista Pons partía con los demás. El comandante Cornuel se levantó de su lecho de agonía para exhalar en París el último aliento. Cambronne marchaba á ciegas. El Emperador le dijo: «¿Adónde vamos, Cambronne?» Y él respondió: «Jamás traté de escudriñar los secretos de mi soberano.» Bertrand entreveraba esperanzas con temores, y como siempre, obedecía entristecido por dejar á su mujer en la isla. ¡Quién sabe si volverían á verse! Tan sólo Drouot era declaradamente contrario á la empresa, y había intentado todo lo humanamente posible para que el Emperador desistiera de ella, si bien estaba resuelto á cumplir con su deber. Taillade había vuelto á encargarse del mando del *Inconstant*, conjuntamente con Chautard, y uno y otro disputaban. Los hijos de las más conspicuas familias elbenses seguían «al hombre del destino (1).»

(1) PONS DE L'H., p. 344 y 382; *Memoria á las Potencias aliadas*, p. 131; LABORDE, p. 51; PEYRUSSE, p. 278; *Declaraciones de Cambronne y Drouot en su proceso*.

La madre de Napoleón daba ejemplo de energía en las despedidas. La esposa de Bertrand procuraba también demostrar fortaleza de ánimo. Paulina, lívida, con los labios descoloridos y enjugándose las lágrimas con su pañuelo de encaje, abrazaba á los veteranos, conjurándoles á velar sobre la querida cabeza que les confiaba (1).

Entre siete y ocho estaban ya embarcados casi todos. Los rezagados llegaban á los buques en lanchas, provistos de panes de cuatro libras, salchichones, botellas de vino y mantas. Muchos abandonaban los muebles, comprados con intento de fijarse en la isla, que los oficiales no admitían á bordo.

Aquel mismo día había ordenado el Emperador embargar la polacra en que el 20 de Febrero había embarcado las berlinas, detenida hasta entonces por razón del contrabloqueo, y dió orden de que se le pagaran á su capitán Cardini 25.000 francos en concepto de indemnización de la carga. El capitán alegó el importe de las facturas que llevaba para recabar mayor suma, pero el Emperador intervino, diciendo que no era ocasión de discutir el asunto, y con gran asombro de Peyrusse, lanzó al viento todos aquellos «papelotes». El capitán embolsó los 25.000 francos, y los soldados echaron al mar el cargamento de la polacra, en la que embarcaron. Por falta de sitio no fué posible embarcar los caballos de la tropa, que sólo se llevó las sillas, pero los oficiales embarcaron con sus monturas (2).

La flotilla se componía de los siguientes buques:

Brique *Inconstant*, de 26 cañones (diez con arreos). Llevaba los caballos del Emperador, las maletas de dinero, el Estado Mayor, y de cuatro á quinientos granaderos, amontonados en el puente y la cala.

Jabeque *Etoile*; esperonada *Caroline*; polacra *Saint-Esprit*; los dos faluchos de Río y el transporte *Saint-Joseph*, propiedad del comerciante elbense Tonietti. Estos tres últimos barcos habían sido fletados por 8.869 francos (3).

(1) PONS DE L'H., p. 383; *Memoria á las Potencias aliadas*, p. 119.

(2) PEYRUSSE, p. 272; VINCENT, p. 570.— En los buques no se podía dar un paso, pues, además de las tropas, embarcaron todos los funcionarios civiles, la servidumbre de la casa imperial y las familias de muchos expedicionarios.

(3) *La isla de Elba y los Cien Días*, p. 35 y 36; *Memoria á las Potencias aliadas*, p. 129; PEYRUSSE, p. 274 y 305.— Un dibujo á la sepia, del teniente coronel Mellini, retirado en Elba (*Registro de la isla de Elba*, núm. 110), y padre de Rosa Mellini, señorita de compañía de la madre de Napoleón, representa la salida de la flotilla, iluminada por la luna.

Otros tres faluchos saldrían dos ó tres días después con rumbo á Córcega, llevando á bordo quince ó diez y seis corsos influyentes, provistos de alocuciones y encargados de sublevar la isla en favor del Emperador, cuya evasión anunciarían, y de prender y juzgar á Bruslart. Al mismo tiempo protegerían la retirada de la escuadrilla, si por acaso se viera forzada á retroceder en su camino, sea por temporal ó por encuentro con los cruceros enemigos (1).

El Emperador salió de palacio en dirección al puerto, acompañado de Bertrand, en carretela descubierta, de ruedas bajas, tirada por dos jacas de la princesa Paulina. En la falúa imperial, tripulada por los marinos de la Guardia, se trasladó á bordo entre los cantos de *La Marsellesa*, que entonaron las tropas y el pueblo congregado en los muelles.

Al zarpar la falúa imperial se estremecieron todos los corazones. El alcalde Traditi prorrumpió en sollozos, y la multitud agitó sus brazos, al par que de miles de labios se escapaban vítores, cuyo entusiasmo tenía algo de dolorosamente melancólico. En la calma nocturna, bajo el firmamento de color verde esmeralda, la ciudad, iluminada como cuando llegó el Emperador, reflejaba sus innumerables luces en el vasto lago del mar.

Había llegado una mañana, á la luz de la aurora, y se iba envuelto en el misterio de la noche. Tan rápidamente había transcurrido el tiempo, que parecía aquella noche la de un solo y largo día. La misma calma serena en cielo y aguas, que no perturbaba la más tenue brisa. El puro y tibio ambiente estaba saturado de aromáticos efluvios, como anticipos de la primavera, que ya abría las yemas y salpicaba los prados de silvestres flores.

Pero también aquella calma, si por acaso persistía, significaba el desvanecimiento de toda esperanza, el desastre apenas iniciada la empresa. Si antes de la aurora, felizmente remisa en aquella estación, no se había logrado tomar suficiente delantera, la corbeta inglesa, que

En segundo término aparece un octavo barco, sin duda uno de los dos avisos *Mosca* ó *Abeja*, que parece haber seguido de lejos á la escuadrilla. El original de este dibujo se conserva en la alcaldía de Porto-Ferraio y hay una reproducción del mismo en la Biblioteca Nacional de París (*Estampas, colección Hennin*). El *Saint-Joseph* era un bergantín de dos palos y 80 toneladas.

(1) *La isla de Elba y los Cien Días*, p. 37; *Informes de los espías*, p. 117, 168 y 170; PONS DE L'H., p. 382.

al día siguiente iba á llegar con Campbell á bordo, se cruzaría con la escuadrilla, impidiéndole el paso á metrallazos, como más velera y mejor artillada. El crucero francés acudiría, llamado por el fragor del combate, y no quedaría otro remedio que morir matando.

El Emperador callaba y medía paso á paso el sobrepunte del *Inconstant* envuelto en su capote gris, y como todo el mundo, esperaba. Las velas pendían de vergas y mástiles, obstinadamente inertes.

Así transcurrieron cuatro mortales horas, hasta que á media noche rizó las aguas una brisa suave. Las velas se hinchieron. El vigía del semáforo y los pescadores enviados de observación, trajeron la noticia de que el viento Sur, detenido por el anfiteatro de montañas del golfo, soplabá impetuosamente en alta mar. El viento del Sur era la salvación, pues impelía por popa á la escuadrilla é inmovilizaba en Liorna la fragata inglesa. Tripulantes y soldados empuñaron los remos para franquear la embocadura, y los buques, orientados por la farola pendiente del palo mayor del brique, empezaron á navegar en silencio, mientras que la luna se levantaba en el firmamento para llenar de su luz el espacio (1).

A la mañana siguiente, algunos excursionistas ingleses, detenidos en la isla por el contrabqueo, solicitaron visitar el palacio de los Molinos. Estaba vacío. Paulina se había ido á casa de su madre. La vieja que lo guardaba, les permitió la entrada. Vieron la bañera del Emperador, llena aún del agua del baño que había tomado antes de partir. En su aposento, sobre la mesa de noche, colocada á la cabecera de la cama, se veía abierta por la página recién leída una historia de Carlos V. Muebles y suelo estaban cubiertos de papeles rotos, con ilegibles notas de lápiz. Sobre el velador, se extendía un mapa de Francia, con gruesos alfileres clavados de trecho en trecho (2).

(1) Por ser noche de luna no podía prevalerse la escuadrilla de la obscuridad, y así no apagó las luces, para no infundir sospechas en caso de encuentro con el crucero francés ó la corbeta inglesa y pasar por un convoy de buques mercantes escoltado por el *Inconstant*, como había ocurrido varias veces. La escuadrilla navegó en conserva hasta la mañana siguiente. Después de doblar la isla de Caprera, el *Inconstant*, más velero, tomó la delantera, dejando tras sí las demás naves, que se reunieron con él en el golfo Juan.

(2) MARCHAND, p. 167; CAMPBELL, p. 230; PEYRUSSE, p. 275; MONIER, p. 101; PONS DE L'H., p. 381, 383 y 384; DURAND, p. 261.